



EL CICLO DE LA
LUNA ROJA

CODA

José Antonio Cotrina

Todavía quedaba una última historia por contar.

Tras La sombra de la luna surgió un nuevo reino, una Rocavarancolia dispuesta a todo por enterrar su pasado sangriento. Pero no será fácil. Sus enemigos acechan, tanto dentro de la ciudad como fuera. Los mundos que se aliaron para derrotarla hace treinta años han regresado. Y esta vez no pararán hasta arrasarlo todo.

¿Podrán afrontar las nuevas cosechas los peligros que se aproximan? ¿Serán capaces de escapar del legado terrible del reino o no les quedará más remedio que abrazar de nuevo la oscuridad para salir victoriosos?

Es hora de volver a Rocavarancolia.

¿No la oís?

La Luna Roja os está llamando.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Coda](#)

[Introducción](#)

[Prólogo](#)

[Fragmentos](#)

[Dama Desgarro](#)

[Marina](#)

[El mundo ardía](#)

[Los muertos de Rocavarancolia](#)

[Marion Key](#)

[Legión de fantasmas](#)

[El viejo demiurgo](#)

[Las estatuas](#)

[Se llamaba Ismael](#)

[En el subsuelo](#)

[Se llamaba Ariocho](#)

[El asesino](#)

[La fuente de poder de un brujo](#)

[«No me quiero ir»](#)

[La Luna Roja](#)

[Se llamaba Yaira](#)

[Roto](#)

[La senda de la luna](#)

[Tic](#)

[Se llamaba Leonore](#)

[El arte de la guerra](#)

[Rocavarancolia aguardaba](#)

[Cosechar el alba](#)

[Casas encantadas](#)

[Cuando Hiroki despertó](#)

[Durante más de doscientos años](#)

[La segunda cosecha de Andras Sula](#)

[La calle que no conducía a ninguna parte](#)

[Un poco de equilibrio](#)

[El arte de la guerra](#)

[La danza de los muertos](#)

[Entre las tumbas](#)

[El reloj enroscó su cadena](#)

[La batalla no fue el final](#)

[La Legión de las Calaveras](#)

[Ángeles negros](#)

[El imperio arácnido](#)

[El fuego](#)

[La araña sagrada](#)

[En sus sueños siempre era loba](#)

[Larga vida a la araña](#)

[La delegación](#)

[El rey de los espectros](#)

[Cuando dama Sedalar dormía](#)

[Se llamaba Ceniza](#)

[Trescientos pedazos](#)

[El embajador](#)

[Dragones](#)

[La reunión](#)

[Ya llegan](#)

[La danza de los muertos](#)

[Voraz](#)

[Hora de matar](#)

[La chica que no estaba allí](#)

[En Voraz.\(I\).](#)

[Bajo tierra](#)

[En Voraz.\(II\).](#)

[Roma](#)

[Quien realmente eres](#)

[En Voraz.\(III\).](#)

[La asamblea de los cráneos](#)

[En Voraz.\(IV\).](#)

[Arioch en sueños](#)

[En Voraz \(V\)](#)
[Perspectivas](#)
[En Voraz \(y VI\)](#)
[La Legión de las Calaveras](#)
[El regreso](#)
[La oscuridad](#)
[Diana](#)
[La espía](#)
[No son de los nuestros](#)
[El experimento](#)
[La ciudad en sueños](#)
[La tormenta](#)
[Vísperas](#)
[El parlamento velado](#)
[Después](#)
[Finales](#)
[Antes](#)
[Uno](#)
[Dos](#)
[Tres](#)
[Cuatro](#)
[Cinco](#)
[Seis](#)
[Siete](#)
[Ocho](#)
[Después](#)
[Principios](#)
[Primera parte](#)
[Uno](#)
[Dos](#)
[Tres](#)
[Cuatro](#)
[Cinco](#)
[Segunda parte](#)
[Uno](#)
[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Después](#)

[Coda](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

Este es para Liam.

«Aquí termina el imperio de Notting Hill.
Empezó con sangre y con sangre acaba. Como
todo, pues todo es siempre igual».

El Napoleón de Notting Hill,
Gilbert K. Chesterton

Introducción

«Era la víspera de Todos los Santos, la última noche de octubre, y una luna llena inmensa flotaba pálida y alta en el cielo».

Escribí esa frase en el 2006. Esas fueron las primeras palabras de *El ciclo de la Luna Roja*, cuando la trilogía no era una trilogía y ni siquiera tenía ese título (*La fábrica de espantos*, se llamaba). Terminé de escribir este prólogo en 2020. Esos catorce años que separan una fecha de la otra se me antojan pocos con todo lo que nos ha pasado a estos libros y a mí durante este tiempo. Al final, *La cosecha de Samhein* ni siquiera comenzó con esa frase; a última hora incluí un prólogo y las dos líneas que acabáis de leer fueron el arranque del primer capítulo.

«¿Qué nos espera ahora?», le pregunta Hector a Marina en los últimos compases de *La sombra de la luna*, con la batalla ya terminada, cuando llega al fin la calma y una nueva Rocavarancolia se intuye en el horizonte.

Y ella, que además de vampira es soñadora y por lo tanto tiene atisbos de los futuros probables, responde que les aguardan mil aventuras, que habrá nuevas batallas, que habrá traiciones y peligros que sortear. Le dice que vivirán al límite, inmersos en la maravilla, en la vorágine... Sí, asegura, tiene muy claro qué les aguarda desde ese instante preciso hasta el fin de los días:

Lo imposible.

El último libro de la trilogía llegó a las librerías en octubre del 2011. «La Luna Roja concluye aquí su ciclo», anun-

ciaba la promo y esa era mi intención. Ya había contado la historia que tenía en mente, no veía motivo para ir más allá. Además, es peligroso avanzar mucho en las historias, se corren riesgos, porque —como ya sabéis— al final todos mueren.

Pero Rocavarancolia seguía conmigo. Y con muchos de los lectores que me habían acompañado durante ese viaje. Necesitaban saber más del reino de los monstruos y los milagros. Querían conocer más de su historia, de sus leyendas. Y querían saber, sobre todo, qué pasó después, qué ocurrió con la última cosecha de Denéstor Tul. Me di cuenta de que yo también quería saberlo. La historia estaba contada, desde luego, pero al otro lado de ese final intuía la simiente de posibles continuaciones y me puse a pensar en ellas; como Marina al final de *La sombra de la luna*, comencé a desgranar posibilidades y estas, poco a poco, se fueron concretando.

Un año después de cerrar la trilogía, el 31 de octubre de 2012, escribí *Cosechar el alba*, el primer relato de Samhein, un regalo para los lectores en esa fecha tan significativa para la saga. En ese cuento teníamos un primer vistazo de lo ocurrido tras el fin de la trilogía. Y no solo eso: planté la semilla del que sería el cuento del 31 de octubre siguiente, *El arte de la guerra*. No me detuve ahí. Comencé a escribir piezas breves, miradas fugaces al pasado y presente de Rocavarancolia. Estos relatos estaban escritos expresamente para redes sociales y eran directos, rápidos, sin lirismos excesivos.

Todos esos textos y un cuento nuevo escrito para la ocasión, *La danza de los muertos*, conformaron el primer volumen de *Cuentos de Rocavarancolia*, que publicó Palabaristas el, cómo no, 31 de octubre del 2014. Y seguí en ello. Rocavarancolia continuaba pulsándome en las yemas de los dedos, me salía al paso cada dos por tres y yo no podía ignorarla. Aquella ciudad me había poseído, su historia formaba ya parte de la mía. Continué escribiendo; a veces,

simplemente, no puedes evitarlo. El 31 de octubre del 2015 trajo consigo un nuevo recopilatorio de cuentos que concluía con otro relato especial de Halloween: *El parlamento velado*. Y el año siguiente hubo un nuevo cuento, casi una novela corta, que llevaba por título *Finales*, un título engañoso, ya que mientras lo escribía tenía en mente la siguiente historia: *Principios*.

Fue entonces cuando me di cuenta de que lo que tenía entre manos era algo más que una antología de relatos al uso. Era una secuela funcional de *El ciclo de la Luna Roja*, un último movimiento inesperado en esa sinfonía delirante que me había llevado tanto tiempo componer. Y ese epílogo, esa coda, es lo que tenéis ahora entre manos.

Os diría que aquí acaba todo, porque, os lo juro, esa es mi intención ahora mismo. Pero no os voy a engañar. Me conozco y conozco a esta ciudad imposible y sé que tal vez algún día, quizá con algún 31 de octubre ya en ciernes, de pronto me pregunte qué habrá sido de Rocavarancolia y me asome a mirar. Y luego regrese a contároslo.

Pero no pensemos en lo que nos puede deparar el futuro. El presente es este. Aquí y ahora.

La batalla ha terminado. Hurza y Harex han caído y la última cosecha de Denéstor Tul controla la ciudad. Hay decisiones que tomar, peligros a punto de desvelarse y es posible que no todos los que empiezan esta nueva etapa del viaje lleguen al final.

¿Me acompañáis? La historia está a punto de empezar (otra vez) y no puede hacerlo sin vosotros.

Bienvenidos a Rocavarancolia. Bienvenidos de nuevo. Bienvenidos, quizá, por última vez.

Prólogo

Dama Araña vagaba por las estancias recubiertas de tela de la torre sur del castillo. Era raro que alguien visitara aquella parte de la fortaleza; ni la servidumbre se atrevía a acercarse allí, espantada tal vez por el caos y ruina que imperaban en el lugar, y por eso ella no había visto impedimento alguno en reclamarla para sí y convertirla en su hogar. Había comenzado en la última planta, recubriendo de telaraña las paredes, suelo y techo hasta construirse un nido cálido, pero luego, envalentonada, repitió la operación planta a planta y se hizo con la torre entera. En algunos puntos la acumulación de seda era tan tupida que no se veían las paredes; hasta las ventanas estaban ocultas por largos cortinajes de tela, y sus huecos, sombríos a aquella hora de la noche, parecían cuencas vacías que observaran indiferentes el paso lento del gran arácnido.

Le costaba moverse. En ocasiones le costaba hasta respirar. Se sentía vieja y tal vez lo fuera, no recordaba bien su edad. Cuando echaba la vista atrás, solo encontraba Rocavarancolia en su memoria. Era como si la ciudad al cabo de los años la hubiera impregnado por entero y borrado todo recuerdo que no tuviera relación con ella. No nació allí, de eso estaba segura. Como tantos otros, fue arrebatada de su mundo y arrastrada a través de los vórtices y la magia hasta aquella tierra portentosa. Ni siquiera recordaba cuál era su aspecto original. Sin duda fue muy diferente al que vestía ahora: una araña desproporcionada y torpe, con las articulaciones hartas de tanto doblarse. A veces, cuando

soñaba —lo cual era cada vez menos frecuente— tenía otro cuerpo: más blando, de formas menos agresivas, con menos garras, zarpas y ojos.

Su primer recuerdo era contemplar la Luna Roja el día de su transformación. Esa circunferencia sangrienta —marcada en su ecuador por los excesos de Harex, uno de los fundadores del reino— flotaba en las alturas, altiva y majestuosa. Al sentir su efecto, la que pronto se bautizaría a sí misma como dama Araña sintió una sensación disparatada de felicidad y plenitud, como si por fin hubiera completado un recorrido exigente y llegado a meta. Estaba donde debía estar, era quien debía ser. ¿Cuánto había pasado desde entonces? ¿Un siglo? ¿Dos? El tiempo perdía su sentido. Además, solo se tenía a sí misma para medirlo y, por desgracia, su memoria era cada vez más engañosa, como si el olvido que trae aparejado la muerte ya le estuviera haciendo mella. Por eso caminaba cada vez con más frecuencia por aquellos pasillos y salas: aquel lugar no era solo su casa, era el depositario de sus recuerdos.

Estaban por todas partes, adheridos a la telaraña que cubría las paredes y, en ocasiones, colgando del techo envueltos en capullos leves de seda; algunos, los más frágiles, estaban cubiertos además por una fina capa de saliva para protegerlos del deterioro. El tramo del pasillo por el que caminaba lo había dedicado a Su Majestad Sardaurar, el penúltimo rey de Rocavarancolia. Dama Araña se detuvo ante varias plumas negras de gran tamaño, dispuestas alrededor de un retrato deslucido de Sardaurar que mostraba un rostro afilado, de ojos sombríos y labios carnosos; el artista que había pintado el cuadro escribió unas palabras en la zona inferior del lienzo: «Temedme, soy supremo», decía. Las plumas que rodeaban el retrato habían pertenecido al halcón gigante del rey, el mismo que Sardaurar montó en tantas batallas, el mismo en el que voló hacia la última, treinta años atrás: la que le costó la vida, la que supuso el final del reino, cuando varios mundos esclavizados por Ro-

cavarancolia se aliaron para atacar la ciudad a traición. Completaban la colección de recuerdos del rey un guantelete negro, una daga de plata y varios edictos redactados por el propio monarca; dos de ellos eran declaraciones de guerra a otros mundos. Sardaurar había sido uno de los grandes reyes conquistadores de Rocavarancolia; bajo su mandato el reino se expandió más que nunca y muchos aseguraban que ese fue su gran error. Al conquistar tanto territorio no le quedó más remedio que dispersar sus fuerzas para consolidar sus dominios y eso, unido a las largas campañas de conquista en que se embarcó, terminó por debilitarlo.

Un movimiento súbito de aire a su espalda hizo que se volviera hacia la ventana tras ella. Lo que al principio tomó por la oscuridad de la noche se abrió en canal y dama Sedalar —con su báculo, su chistera y su reloj vivo al hombro— salió del vientre de una ónyce.

—Deberíamos cambiarte de nombre, Araña —le dijo la joven, ya en el pasillo y mirando alrededor—. Resultaría más apropiado llamarte dama Urraca.

El arácnido soltó el cloqueo que era su risa, un campanilleo oscuro.

—Son muchos años ya de vagar por Rocavarancolia, niña sombra —dijo—. Tiempo suficiente para conseguir un par de recuerdos.

—¿Un par? —Dama Sedalar contempló el pasillo—. Este sitio parece un museo.

Dama Araña sonrió complacida.

—Lo es, lo es —dijo—. No era mi intención, pero en esta ciudad intención y consecuencia rara vez van de la mano. Todo se magnifica, crece. Nuestros deseos se desbordan y se convierten en otra cosa.

—Dama Filósofa.

—Dama Boba más bien —dijo la araña y le hizo una reverencia un tanto torpe, un tanto ridícula—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—A la simple curiosidad —contestó la bruja. Llevaba el rostro tiznado con espirales de ceniza y una campanilla rota le colgaba del pelo—. Las ónyces me han hablado de este lugar y quería verlo por mí misma.

—Oh —dijo dama Araña. Le incomodaba la idea de que las sombras de la muchacha deambularan a su antojo por lo que consideraba su casa. Pero poco podía hacer para evitarlo. Prohibirles la entrada sería como prohibir la entrada al aire.

La bruja se acercó a uno de los objetos expuestos en la pared, su forma apenas se distinguía de tan envuelto como estaba en capas de telaraña. Parecía un plato roto, estaba cubierto de grietas y tenía tres orificios: dos en la parte superior y uno abajo; los tres, horizontales y alargados, como cuchilladas.

—¿Qué es esto? —quiso saber—. Es horrible. Me gusta.

—La máscara de Asmodeo —contestó dama Araña—. Fue el rey anterior a Sardaurar y el segundo al que serví. No fue un buen rey, no, no lo fue. Hasta yo fui capaz de verlo. Era una criatura temerosa y pusilánime, más preocupada por las intrigas de la corte que por fortalecer el reino. En las reuniones del Consejo llevaba puesta siempre esa máscara para que nadie pudiera leer la expresión de su rostro. Alguien lo mató. No recuerdo quién. ¿Esmael ya era el Señor de los Asesinos por aquel entonces? Quizá, tal vez. Todo se me mezcla en la memoria, todo, reyes y asesinos, monstruos y héroes, traidores y mártires... Al cabo del tiempo cuesta distinguir unos de otros.

Dama Sedalar curioseó un rato por el pasillo. Iba de aquí para allá, deteniéndose de cuando en cuando ante un objeto que llamara su atención. A veces preguntaba por él, otras veces no.

—¿Todo lo que tienes aquí está relacionado con reyes? —preguntó.

Dama Araña asintió.